
3 1761 09373048 9



¶ "La Oveja Perdida,, Auto Sacramental de Juan de Timoneda, representado en Salamanca el día 9 de Junio de 1920, con ocasión de la solemnísima Asamblea Eucarística. Publícalo con una introducción, notas y glosario, el Dr. D. Antonio García Boiza, Profesor de la Universidad de Salamanca, Correspondiente de la Real Academia de la Historia.

1921



Al Excmo. e Ilustrísimo

Sr. Dr. D. Julián de Diego
y García Alcolea

DIGNÍSIMO OBISPO DE SALAMANCA

alma y organizador
de la solemnísima Asamblea Eucarística,
con respetuoso afecto

EL AUTOR.



AL LECTOR

El clamoroso éxito que obtuvo la representación del Auto sacramental de Timoneda, titulado La oveja perdida, *interpretado por mis alumnos de la Facultad de Letras en la fiesta literaria celebrada en el patio del Seminario Conciliar salmantino el día 9 de Junio del año pasado con ocasión de la solemnísima Asamblea Eucarística, avivó en muchos espectadores el deseo de volver a saborear, con el deleite sosegado y repetido de la lectura, la bellísima producción de Timoneda.*

Pensando en ellos y accediendo a requerimientos de mis amigos, que me lo han aconsejado insistentemente, te ofrezco el Auto sacramental La oveja perdida, *aplaudido por más de cinco mil espectadores, en edición que a pesar del cariño que en ella he puesto, huelga declare que ni es ni podría ser erudita y crítica, sino que aspira lisa y llanamente a poner en tus manos la primorosa farsa eu-*

carística del buen librero valenciano. Me incita principalmente el fruto espiritual que con esta lectura puedes granjear, ya que como dijo muy bien un hombre de oración que sabe de estas cosas, el Auto de Timoneda fué el mejor sermón predicado durante la Asamblea Eucarística. Y para que además, los que no lo conozcan, vean cuán injustamente se ignoran y tienen en poco los autos sacramentales, tan ricos de doctrina, piadosos, edificantes y bellos, que tanto agradaron al pueblo español en los siglos de esplendor nacional.

Antonio GARCÍA BOIZA.

Universidad de Salamanca, a 5 de Junio de 1921, día de su fiesta al Sacramento.





INTRODUCCIÓN

I. Los Autos sacramentales.—II. Juan de Timoneda: su vida y su obra.—III. *Sentido y enseñanzas* del Auto *La oveja perdida*.—IV. Glosario de voces desusadas o de difícil comprensión.—V. Epílogo bibliográfico.

NUESTRA rica literatura nacional añade un quilate de muy subido valor con la típica manifestación del teatro sagrado que se conoce con el nombre de *Autos sacramentales*.

La cultura de nuestros lectores nos releva de la tarea disquisitoria de analizar las definiciones dadas; y basta señalar, que, como su título indica, son piezas dramáticas en un acto, escritas en alabanza del misterio de la Eucaristía. Pues aunque se incluyen entre los Autos sacramentales algunos cuyo asunto no es propiamente eucarístico, éste es el que les da carácter llamándose a

todos sacramentales en atención a que se representaban el día del Corpus o aludían al Adorabilísimo Misterio.

Si se tratase de contadas muestras de esta clase de composiciones de literatura dramática, ya serían dignos de estudio teniendo en cuenta su carácter típicamente nacional; pero si además se considera que a lo original y netamente español de los Autos se une lo copioso, vario y exquisito de muchos, de tal manera que han merecido fervientes elogios de críticos españoles y extranjeros, se comprenderá bien la eficacia de su estudio y lo útil y deleitoso de su difusión entre las gentes.

Sin embargo, hay que lamentar esté aún por hacer este estudio de manera que satisfaga las cada vez más apremiantes exigencias de la erudición y de la crítica modernas. Es cierto que los eruditos Schack y Volf se inclinaron ante ellos como ante una cumbre estética y Goethe y Wagner se inspiraron en las sublimes concepciones teológicas, filosóficas y místicas de nuestro teatro eucarístico; que en nuestra Patria han sido loados por las eruditas plumas de Pedroso y la muy autorizada de Menéndez Pelayo, amén de otros estudios apreciables.

Pero resta aún, repetimos, ofrecer un análisis completo de los Autos sacramentales, estudiándolos en relación con la vida del pueblo español y a la luz de nuestra genial literatura ascética y mística, insospechadamente copiosa e interesante. ¿Pues no es bien presumible que estas manifestaciones del genio español, que, cronológicamente, no sólo acompañan sino que preceden a los Autos, influyeran en ellos de modo notable? La precisión teológica, la erudición bíblica y su popularización, el multiforme y afortunado simbolismo de las farsas eucarísticas junto con la erudición profana a lo divino —valga la frase—¿no las aprenderían los poetas de Autos sacramentales en las copiosas, emocionantes y edificantísimas páginas de nuestros escritores ascetas y místicos? Ojalá algún día pueda contestar con hechos positivos, comprobados, a esta pregunta.

Los Autos sacramentales fueron verdaderamente populares. El pueblo español calaba hasta el meollo de la farsa eucarística: una trasfusión misteriosa de la teología al pueblo—las realidades nacionales más varias y opuestas de los tiempos de los Austrias—y del pueblo a las ciencias sagradas, pasando por las intrincadas y laberínticas

regiones de la dialéctica escolástica, se operó a la luz del sol español, de este nuestro sol que reverbera en las españolísimas custodias que con su beso brillan como brasas de oro. Aunque el origen de los Autos se confunda con el de nuestro teatro, sin embargo no se llega a su concreción artística como tales hasta los tiempos de los Austrias, principalmente durante los Felipes, que señalan el apogeo de esta clase de producciones, prohibidas—y ya desusadas—a poco de venir la dinastía francesa.

Es igualmente cierto que para el pueblo se escribieron los Autos, *sermones en representable idea,* que llevaron al carro de la farsa, entre la alegría y bullicio de la Plaza pública, los aires encendidos que inflamaban las aulas de las Universidades, los Claustros y los púlpitos de ardor intelectual por la ciencia teológica y escrituraria, y así era nuestra España como una gran Universidad y así nuestro pueblo que hablaba y escribía como Teresa de Jesús.

Hay que distinguir, no obstante, en los dos siglos de esplendor de los Autos—el XVI y el XVII—que en el primero la devoción popular gustaba y comprendía mejor la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo

y aunque viven en esta época Santa Teresa de Jesús y el Beato Juan de Rivera, santos verdaderamente modelos en devoción eucarística, no fué ésta enteramente popular como lo fué en el siglo XVII con el favor regio de los Felipes y el aparato barroco de las fiestas y procesión del Corpus, especialmente en Madrid, la corte española de los Autos sacramentales. Hasta los retablos de nuestras iglesias se transforman en el siglo XVII en virtud de esta devoción—aparte las sabidas direcciones del arte—supeditando todo adorno al ostensorio solemne de su Divina Majestad, imitando paños y doseles y repartiendo profusamente hojosos sarmientos y abultados racimos, símbolo netamente eucarístico, entre el fulgor de los fuertes dorados.

Esta evolución de la piedad española puede apreciarse en el mismo Timoneda y concretamente en sus Autos en que se recuerdan otros de *diversos* y *católicos autores* que ya veremos cómo trabajaba el erudito librero valenciano, que según recientes investigaciones de un estudioso paisano del famoso escritor, el Sr. Juliá Martínez, permiten llegar a la conclusión siguiente: "Ti-

moneda marca la cronología de los Autos en una época en que difícilmente podía señalarse, pues todo Auto no recordado—para no decir plagiado—en Timoneda es posterior a él„. Así, para referirme a un ternario *La Oveja perdida, La Quinta Angustia* y *Los Desposorios de Cristo,* el que más dentro está del gusto del siglo XVI es *La Quinta Angustia;* le sigue el más hermoso de todos, *La Oveja perdida* y el tercero, *Los Desposorios de Cristo,* está ya dentro de la modalidad y de la factura del siglo XVII. Todos ellos son del siglo XVI y algún original, anterior; sin embargo, hay en los dos primeros un cierto sabor de ingenuidad, de primitivismo que los acerca más a los *misterios* medioevales que a los Autos de la época calderoniana hasta en no ser el primero sacramental y el segundo en pequeña parte.

El favor popular de que gozaron los Autos, hoy incomprendido, es algo que está, como ya dijimos poco ha, enteramente ligado a la vida y preocupaciones de nuestra Patria en aquella época. Es indudable que el pueblo tenía instrucción religiosa, pues hasta un analfabeto como el conquistador

del Perú Francisco Pizarro [1] hacía siempre *su sermón* a los indios exhortándoles a dejar sus falsos ídolos y abrazar la religión cristiana, de la que exponía los principales fundamentos y dogmas. Y las mujeres de las más bajas capas sociales solían manejar la Biblia, cosa que a Santa Teresa no agradaba ver en las que aspiraban a la vida monástica; además de que los movimientos heterodoxos, derivados del Renacimiento, agitaban hondamente las conciencias y eran la preocupación no sólo de la cultura y de la vida española sino de la cultura y de la vida europea. En estas condiciones, los Autos, henchidos de doctrina teológica y bíblica eran gustados y comprendidos sin las violencias de lo impuesto con un espíritu apologético o de teatro de tesis, lo que rebajaría extraordinariamente su importancia artística y social. No, no creo que los españoles tengamos que temer conclusiones pesimistas en este aspecto. La emoción, un como fervor ungido de muy reales y consoladoras esperanzas, surge nimbado de halos de gloria de los sabrosos, de-

[1] QUINTANA, *Vidas de los españoles célebres,* t. I, p. 328 (Biblioteca Clásica).

votísimos y españolísimos Autos sacramentales. Allí está Dios patente, en inmolación perpetua la Víctima sagrada, de cuyo amoroso costado abierto mana el prodigioso hontanar de aguas vivas que santifica nuestra dramática eucarística que se nutre de ese inextinguible manantial tan bellísimamente representado por el pincel angélico de Van Eyck en su Retablo del Cordero también llamado la Fontana Eucarística.

Y no fueron solamente los Autos sacramentales cátedra abierta al pueblo para asentar la Teología en el hogar del menestral, como dijo con galana frase el inmortal polígrafo Menéndez Pelayo; sino que le ofrecieron bajo las mieles de un asequible simbolismo—el pastoral color, que diría Timoneda—lo más sabroso y consolador de ella, el Dogma amoroso y aquietador de las almas de la Presencia Real de Jesucristo en la Hostia Consagrada. Y para escalar tan alta cumbre estética, aquellos excelsos y cristianísimos poetas apuraron todas las gamas de luz y de color y armonizaron las más escondidas sinfonías y escogieron con alma enfebrecida de amores purísimos los dechados de la Ciencia y del Arte con la pompa barroca, tan española, de la erudi-

ción sagrada y profana, mas los aderezos pintorescamente populares de los vistosos carros, la complicada máquina de las *apariencias* calderonianas, las chocantes danzas, la música y el baile ingerido todo en el abigarrado, sofocante y jocundo ambiente de la procesión del Corpus en una mañana de primavera y bajo el sol español.

No era solamente regocijo y espectáculo lo que atraía a aquel público en torno de la farsa eucarística: era algo mucho más sublime y devoto. Era confesàr a Cristo Sacramentado a la faz del mundo, cuando la herejía luterana entenebrecía las conciencias de los pueblos más cultos de Europa, en esta España luminosa y trágica, devota y pícara pero profundamente religiosa, que sabía dar la sangre de sus misioneros y encendía el espíritu de aventura de los héroes para llevar la buena nueva allende los mares *nunca antes navegados;* que confesaba a Cristo en la plaza pública y asistía con piedad y tumulto a presenciar el castigo de los contumaces y renegados en los popularísimos *Autos de fe* que hasta esa coincidencia curiosa de nombre tienen con las representaciones eucarísticas.

Réstanos decir, para terminar este lige-

ro proemio, que hasta ahora, no obstante, dábamos a los *Autos sacramentales* un valor meramente arqueológico. En el museo de la erudición literaria eran una cosa típica, sabrosa a la lectura de los doctos, pero muerta, un vistoso ejemplar más, disecado entre los que forman la copiosa colección. Pero hace menos de un año, en Madrid y en Salamanca [1]—y dejádmelo decir, pues verdad obliga—en Salamanca sobre todo, en esta ciudad universitaria donde hasta las piedras son de carne y el pasado, como un pulso potente, golpea nuestro corazón con fuerza irresistible, es donde ha resucitado en cuerpo y alma, levantándose de la huesa de los libros, cual nuevo Lázaro, palpitante y encendida en fervores eucarísticos la farsa sacramental, ante un público doctísimo, que

[1] En Madrid se representó en el teatro Real el 31 de Mayo último el Auto *Las Bodas de España* con el aderezo de nuestro amigo Víctor Espinós «Del Retablo Eucarístico o un Corpus Viejo en Madrid». En Salamanca y con ocasión de la solemnísima Asamblea Eucarística se representó en el magnífico patio de la Clerecía el día 9 de Junio último *La Oveja perdida,* por alumnos de la Facultad de Letras, dignos herederos de aquellos escolares que merecieron se recordase como una fecha notable la del año 1548 en que representaron la comedia *Locusta,* de Mal-Lara; y en esta fiesta escuchamos, además, el verbo opulento del eximio Académico Ricardo León.

asombrado ante las bellezas de la nueva resucitada lloraba de emoción y de alegría. ¡Qué prueba más convincente de la boga y favor de que gozaron los Autos! Después de escuchar a Ricardo León aquel discurso sublime, custodia de elegancias que su pluma mañosa como dedos de Maestre Enrique de Arfe iba labrando para Joyel del Amor de los Amores, pisaron el humilde tablado de la farsa unos escolares, libres de toda preocupación histriónica, que con solas su cultura y emoción fueron presentando al doctísimo auditorio aquellas escenas tiernísimas, fecundas en enseñanzas para rumiadas con todo vagar; el encanto y donosura del símil tan llanamente sostenido en todo el *Auto* y aquella emoción más que religiosa con que el sacerdote que representaba la sagrada persona del Buen Pastor ofrecía a Pedro las manos llagadas, con abandono de víctima y de amor, como manos que tienen a Dios cada día y por eso son santas, ungidas, de bendición... Y la representación era, por un milagro del genio, predicación y arte en fusión tan íntima, tan sublime, que el público embelesado y poseído de entusiasmo pocas veces sentido, hubiera querido aplaudir cada verso, cada palabra si el miedo a

romper el hilo de perlas del cristianísimo y galano decir no le hiciera permanecer mudo, como fuera de sí... Y esto no lo digo yo... lo dicen y redicen los cinco mil espectadores que no olvidarán jamás aquella fiesta.

Y es que cuando se saben representar los *Autos,* con toda propiedad en indumento [1], música y simplicidad escénica, interesan y conmueven aun a públicos a tales espectáculos desacostumbrados, pero no incapaces de gustar lo que por igual privilegio que el fermentado zumo de los viduños, es más regalado cuanto más viejo.

* * *

Fué Juan de Timoneda natural de Valencia, ciudad que tiene muy prestigiosa historia cultural y artística. Alcanzó una fecunda longevidad, pues aunque su biografía es mal conocida hay ya referencias de Timoneda en *Libro de la Tasha Real* de 1547, donde aparece incluído en esta forma: "Joan timoneda librer olim assaonador (zurrador

[1] El erudito Profesor de Indumentaria del Conservatorio, Sr. Comba, hizo los dibujos coloreados, que sirvieron a Peris, el maestro sastre del Teatro Real, para hacer los trajes que vistieron los intérpretes de *La Oveja perdida*.

de pieles.) VIII s.„ y murió en el año 1583. Noticia aquella curiosa que inserta Serrano Morales[1] que nos da a conocer el primer oficio de Timoneda que luego cambió, siguiendo sus aficiones literarias, por la profesión de librero que conservó durante toda su vida, alternando con la especulación sobre telas de seda; y que revela además, como muy presumible, una autoformación literaria, digna de tener en cuenta por la crítica.

Que fué *librero* consta por multitud de datos, escrituras, su testamento, etc., etcétera, pero no que fuera impresor. Serrano Morales afirma que no hay documento que revele tal profesión aunque varios escritores lo afirmen y el mismo Cervantes lo consigne en dos ocasiones. Una en la comedia *Los Baños de Argel,* jornada 3.ª y otra en el *Viaje del Parnaso,* cap. VIII.

Si no consta, documentalmente al menos, que tuviese jamás *prensas,* y que en tal sentido alcanzara el mérito de lanzar al público las comedias de Lope de Rueda como dice el Príncipe de los Ingenios, en cambio

---

[1] *Diccionario de las Imprentas que han existido en Valencia desde la introducción del Arte tipográfico hasta el año 1868,* por José Enrique Serrano y Morales.

como vendedor de libros merece bien nuestro aprecio, pues no fué un mero industrial o traficante, sino que los amó tanto, que al entrar en su bien surtida librería los leía con afán, cuando no los aprovechaba lindamente para sus amenas e interesantes producciones, salvando del olvido unas veces y perfeccionando otras, multitud de hojas volanderas y pliegos sueltos que a su trastienda llegaban y que de ella salían remozados y tan gentilmente ataviados, que no los conociera el mismo padre que los engendró. Y este es el delito de Timoneda, el gran delito que nos haría salir gritando como los avaros de comedia en busca de su dinero ¡ladrones, ladrones! Pero como dice muy bien a este propósito el P. Olmedo [1] trayendo a cuento una oportuna cita de Ventura de la Vega, si en Literatura es malo *robar* no lo es en cambio cuando va seguido de asesinato. Y por éste, si no muy honroso, meritorio proceder, contribuyó Timoneda al igual que otro ilustre librero valenciano, el famoso Mariano Cabrerizo, a renovar el estragado gusto literario, aficio-

---

[1] P. Félix G. Olmedo. Un nuevo ternario sacramental de Timoneda. *Razón y Fe,* p. 282, t. 47, Enero-Abril, 1917.

nando a las gentes a nuevos, sabrosos y honestos libros, unos de puro viejos olvidados y otros que como bienes valdíos andaban rodando sin padre conocido.

Además, que por los Autos de Timoneda puede establecerse la cronología de los Autos sacramentales, anónimos y copiosos del siglo XVI, como ya hemos manifestado.

He aquí cómo reconstruye la manera de trabajar Timoneda un jesuíta ilustre, el Padre Olmedo, ya citado, a quien se debe el descubrimiento de un nuevo ternario sacramental de Juan de Timoneda: "Allí le vemos (en la trastienda de su librería) día y noche sentado delante de una gran mesa abarrotada de libros y papeles viejos, manejando, ora la pluma, ora las tijeras; anotando, añadiendo, apostillando pliegos y hojas sueltas de varios tamaños y colores, con los cuales forma finalmente, un libro, *en el cual se contiene diversos y graciosos cuentos o afables dichos y muy sentenciosos*— El Sobremesa y alivio de Caminantes—; *o Comedias y Farças muy elegantes, con muchos entremeses y passos apazibles*— las Comedias y farsas contenidas en *La Turiana*—; *o graciosas marañas y delicadas*

invenciones para saber las contar al discreto relatador—El Patrañuelo—; *o buscaba entre sus papeles y lacería otros compuestos y copilados de muchos y diversos y católicos autores*—los Autos sacramentales„. Y un crítico extranjero, Enrique Merimée, autor del interesantísimo libro *L'Art dramatique a Valentia,* pág. 157, dice más. Para Merimée, tanto las *Colecciones de Cuentos* como *Las tres Comedias* y los *Autos sacramentales,* oscilan entre el plagio y y la originalidad. Pero esperemos que la crítica sabia dé su fallo definitivo en este pleito.

Entre tanto, y a fuer de bien pensados, hemos de reconocer en Timoneda un gusto exquisito y un habilísimo refundidor que mejora cuanto toca y rehace junto con el temple armónico de su estilo y la frescura y lozanía de sus versos repartidos en hojas volanderas, en los romances, en las cuatro *Rosas*—Rosa de Amores, Rosa Española, Rosa Gentil y Rosa Real—y *el Sarao de Amor.*

Además, fuese por instigación del beato Juan de Rivera, Arzobispo de Valencia, fundador del Colegio de Corpus Christi, discípulo de la Universidad de Salamanca, casi su colaborador como quiere Merimée, o por

propio impulso, es lo cierto que Timoneda purificó con sus devotísimos *Autos sacramentales* el ambiente de sensualidad que se respiraba en la ciudad del Turia, donde pocos años antes se habían publicado los libros más obscenos de nuestra literatura y reformó el gusto de un público de viciosa elegancia y no poco hostil a Castilla, que tuvo providencial castigo en las turbulentas guerras *de las germanías*.

Si mereció Timoneda ser recordado varias veces por el Príncipe de los Ingenios españoles, el inmortal Cervantes, no menos debemos nosotros recordarle, ya que el buen librero supo triunfar de leyes durísimas y exigencias del vivir a que su industria le impelía, saliendo limpio en su honra y logrando después de una larga y fecunda vida morir cristianamente, y ser sepultado, por su expresa voluntad, en *lo vas dels pobres* de la parroquia del glorioso San Juan del Mercado de la ínclita ciudad levantina.

* * *

El *asunto* de *La oveja perdida,* como este título lo da a entender, es la conocida parábola evangélica, según la narra San

Lucas en el capítulo XV, versículo 4 [1], una de las que mejor, sino la mejor de todas, que revela el inmenso amor del dulcísimo Jesús a los hombres, y bajo la alegoría tierna y delicada, "el pastoral color", que diría Timoneda, se encubren, entre otras, estas hermosas enseñanzas teológicas. Ante todo parece revelarnos el plan admirable y amorosísimo de nuestra redención y reparación, ya que, como dice Timoneda en el *Introito* al pueblo [2] esta tal moralidad—la parábola—tiene diversos sentidos: *primero, la humanidad; después, la gentilidad.* Por lo tanto, puede entenderse el celo del Buen Pastor así para la humanidad en general como para la gentilidad o alma pecadora en particular. En los relatos extensos

---

[1] Quis ex vobis homo, qui habet centum oues: et si perdiderit vnam ex illis, nónne dimittit nonagintanouem in deserto, et vadit ad illam quae perierat, donec inveniat eam? Et cum invenerit eam, imponit in humeros suos gaudens: et veniens domum convocat amicos et vicinos, dicens illis: Congratulamini mihi, quia inveni ouem meam, quae perierat?

[2] Encarecemos al lector la importancia de este *Introito* para penetrar el sentido del Auto. Bien meditado y bellísimamente expuesto, sería suficiente para su comprensión a gentes cultas y acostumbradas a estos estudios. Porque no todas tienen esa preparación, es por lo que ampliamos y aclaramos algunos conceptos.

de Cristo, quiere aludir Timoneda a la obra redentora del género humano, y en lo que es propiamente la trama y vida escénica del auto al pecador en particular; así nos revela también que el hombre está dotado de libertad para decidirse en favor del bien o del mal; que Dios no oye la oración salida sólo de los labios, sino la que brota del corazón; que el pecador, oveja descarriada, puede *voluntariamente* volver al redil amoroso si llama a Cristo, el amorosísimo Pastor, que enviará su gracia para levantarle; los sacramentos para purificarle y especialmente le dará el sabrosísimo Pan eucarístico para fortalecerle y que no desmaye en el camino de la virtud y de la perfección cristianas.

Otras sutiles y delicadísimas enseñanzas se desprenden de *La oveja perdida,* Auto el más bello de Timoneda y el que mejor conserva la fragancia y dulzura y un a modo de sabor de *primitivismo* e ingenuidad que nos hace pensar en un original viejo de la época más serena y bella de nuestros escritores de la primera mitad del siglo XVI. Que el lector atento las vaya descubriendo y gustando y no manchemos con nuestros dedos toscos el irisado e impalpable polvillo luminoso de las vistosas alas de tan linda crisálida.

Apenas hay en este Auto complicación escénica, es el parlamento, la exposición plena de sentido y de emoción la que subyugará a cada estrofa, en cada verso, en cada palabra... Esta misma simplicidad dramática lo realza y encumbra y así el sentido, no por asequible, es menos elevado y tamizado de sutiles y discretísimas glosas.

Cinco son nada más los interlocutores del Auto: Pedro, pastor; Angel Miguel, pastor; Cristóbal—alguna vez llamado expresamente Cristo—pastor; Angel Custodio, pastor; El Apetito, pastor...

Veamos ahora cómo se desenvuelve la acción. Comienza el Auto entrando el Angel Custodio con una oveja y mientras pace canta estas rústicas y bellas coplas:

Pasced a vuestro solaz
la mi ovejica,
pues sois bonica.
Pasced a vuestro solaz
en la majada;
Catad que no comaz
cosa vedada,
cosa no usada,
grande ni chica,
pues sois bonica.

Pero la oveja adivina bien pronto los

prados gustosos y vedados y así la quiere *sosacar* el Apetito mostrándole trocitos de pan tierno y sabroso:

¡Rita, rita! ¡Urricá!
¿A do vas? ¡oye, perdida!
¡Vuelve, concas! ¿Vaste ya?
no te arriedres más allá:
haz hacia mí tu manida.
. . . .

A lo que replica el Custodio:

¿Sacáis la oveja del hato
hijo de tal, sosacón?
¡Yo lo barruntaba ha rato!
juri a mí si os la rebato
que os la frita, don ladrón.

Queda entablada la guerra entre el Apetito y el Custodio y al fin la oveja va tras el placer vedado, presa de los engaños y ficciones del perverso apetito y engolosinada con sus pozoñosos deleites.

Ocupa el interesante pugilato hasta el verso 275.

Y cuando el Custodio está lamentando la desobediencia de la oveja llega el mensajero divino, el Angel Miguel, quien pregunta:

MIGUEL. ¡Ah Custodio, zagalejo!
¿Qué es de la oveja?

Custodio. .....¡Perdida!
No me muestres sobrecejo,
que, dándole buen consejo,
no sé por donde es ida.
. . . .
Miguel. Dí, zagal, ¿por do has andado
a buscar aquesta res?
¿Buscástela en lo vedado?
Custodio. Pienso que allá se habrá entrado.
Miguel. Movamos presto los pies.

Pónense inmediatamente Miguel y Custodio a buscar por los alrededores y recorren el primer prado, que es la soberbia.

Custodio. Primo el *Monte altivo* es
do ha pisado y hecho daño.
Miguel. Míralo, Custodio, pues,
que en él se perdió la res
primera [1], si no me engaño.

De éste pasan al segundo, la codicia de riqueza:

Llotro *cobdicioso prado*
que está de espinas sembrado,
venidas del gran Perú...

De aquí van al tercero, los deleites carnales:

Que llaman *del Carnicero,*
do regostado el cordero
se pierde, y el más sabihondo...

Llegan al cuarto, la ira:

Este es el *Ejido Airado*
mira bien con tus miradas.

[1] Alude a la rebelión angélica.

Recorren el quinto, la gula:

El quinto prado verás
llamado de la *Golosa;*
mira delante y atrás,
porque su rastro hallarás
entre la yerba sabrosa.

Visitan el sexto prado, la envidia:

Mira si ha entrado en la suerte
que es *Pesar del bien ajeno,*
que por ella entró la muerte
en el mundo.....

Por el pecado de envidia entró efectivamente la muerte en el mundo. Así se lee en el libro de la Sabiduría, cap. 2 versículo 24: *inuidia autem diaboli mors introiuit in orbem terrarum,* por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, puesto que por él fueron inducidos a pecar nuestros padres y por el pecado perdieron el estado de gracia y merecieron ser expulsados del Paraíso con el anatema de su delito, del que había de participar todo el humano linaje [1] con la sola excepción de la Virgen santísima, con-

[1] Propterea sicut per unum hominem peccatum in hunc mundum intrauit, et per peccatum mors, et ita in omnes homines mors pertransiit, in quo omnes peccauerunt.—San Pablo. *A los Romanos,* c. V, vers. 12.

cebida sin pecado original, y corredentora con el Verbo en el Remedio de la humanidad prevaricadora. Dogma capital de nuestra religión es por lo tanto el de la prevaricación primera o pecado original que no puede separarse de este otro no menos tremendo de la herencia de muerte que por aquél recibimos. Y así a la muerte vencerá la muerte por la obra redentora del Verbo sufriendo martirio de cruz y cargando sobre sus espaldas santísimas todos los pecados de los hombres. Este es el núclo, el nervio y la justificación de todos los desvelos del amorosísimo Pastor de las almas.

Y por fin llegan al séptimo y último prado, la pereza:

Finalmente, mira el soto
que llaman de *Menga Pérez.*

Después de otear por estos prados, escalas graduadas que sigue el alma en el camino de perdición, desalentados se despiden diciendo:

Custodio. Tira por esa cañada,
yo por este quebrajal;
y, hallada o no hallada,
acude en esta majada.
Miguel. Muy bien has dicho, zagal.

Y en la selva abandonada y triste aparece Cristo (verso 426), dicho Cristóbal Pascual, en figura de pastor. Sudoroso, jadeante, cubierto de polvo de los caminos, rotos y sucios los vestidos, heridos los pies y manos benditísimos, llega Cristóbal Pascual buscando sin descanso la res perdida. La llama con los silbos amorosos de la caridad, quiere enternecerla con el relato de sus afanes, una y mil veces la recuerda que ya pasó la *anconía:*

Vuelve, oveja, ya: ¿qué esperas?
no tengas vueltas esquivas,
porque te digo de veras
que yo no quiero que mueras
sino que vuelvas y vivas.

Entramos ya de lleno en el desarrollo de la acción del Auto y después de Cristóbal, llega Pedro, que ha de representar al Príncipe de la Iglesia, que sostiene con su Divino Fundador un diálogo bellísimo durante el cual Cristóbal, en alegoría pastoril, expone toda la obra de la Redención y nombra a Pedro mayoral de su ganado (verso 635), símbolo clarísimo de la institución de la Iglesia y del Pontificado, dándole poder de atar y desatar—absolver o conde-

nar—y haciéndole dispensador de todos sus tesoros, que son los Sacramentos (versos 656-665).

Se habrá preguntado el lector: ¿cuándo y cómo el pastor Cristóbal deja entender que viste la divina persona de Cristo? Bellísima y de honda emoción es la escena en que como tal se revela. El mayoral Cristóbal acaba de fiar a Pedro la guarda del ganado. Pedro pregunta cuántas veces buscará a la res que se perdiere y Cristóbal replica que cuantas veces sea necesario, a lo que contesta Pedro:

Hasta siete perdonalla
me parece por entero;
si se va después, buscalla
y al cabo, al cabo, entregalla
o vendella al carnicero.
No queriendo andar conmigo,
¡Mia fee, ande el gañibete!

Y es entonces cuando el *mayoral garrido* pronuncia estas palabras que hacen caer de rodillas a Pedro:

CRISTÓBAL. Que la perdones, te digo,
si quieres ser mi amigo,
las setenta veces siete.
¡Oh, si tú, Pedro, oteases
cuanto la oveja costó,

soncas, que tal no hablases;
antes tú la perdonases,
como la perdono yo!
No seas desamorado
con las ovejas malinas,
pues, por quitar su cuidado,
me entré por zarzas y espinas,
do salí bien rascuñado.
Mira, Pedro, las señales.

Y el buen Pedro, al mostrarle Cristóbal sus llagas, cae de rodillas reconociendo a Cristo y exclama:

¡Cuán vivas están y finas!
¡Oh, qué rascuños mortales!
¡Oh, qué crueles zarzales!
¡Qué penetrantes espinas!

Después el divino mayoral sigue explicando su doctrina acerca de la misericordia que ha de usar con el pecador. Así, replica Cristóbal a Pedro dándole una lección soberana sobre el libre albedrío de que el hombre está dotado (versos 893-907).

A la terminación de este diálogo se hallan ya presentes el Custodio y Miguel, y todos, presididos por Cristo, se dedican a buscar la oveja perdida.

Y es Miguel, el Arcángel de este nombre, que simboliza la voz de la Iglesia por ser el que llevó la voz del Padre a los peca-

dores Adam y Eva al expulsarlos del Paraíso, el que ahora oye el balido de la oveja deseada, diciendo:

Yo la oigo desde aquí.

Por fin el *Custodio* halla la oveja y grita lleno de alegría:

CUSTODIO.	¡Oh mi oveja! ¿qué es de tí?
	¡Veisla aquí, do está metida!
PEDRO.	¡Oh, qué fuerte cenagal!
	Sácala, Custodio, fuera.
CUSTODIO.	Llegue Cristóbal Pascual,
	que según tiene de mal,
	su potencia es valedera.

Y llega Cristóbal Pascual con el divino remedio. El pecador, con voz salida del corazón, no de los labios, llama a Cristo y Cristo le envía su gracia para que se levante del cieno de la culpa; el Sacramento de la Penitencia para lavar su alma y el de la Eucaristía para fortalecerla en la virtud, viático para los caminos de la eternidad. Guste el lector las mieles de la alegoría tierna y delicada, plena de enseñanzas teológicas (versos 938-962).

Y al ver el Buen Pastor tan limpia a su oveja, ¡qué transportes de júbilo por haberla

hallado y qué amorosamente la recibe! (versos 968 al 987).

Y con esta bellísima y muy expresiva canción del *Custodio* finaliza el Auto:

Que debajo del sayal pascual
Que debajo del sayal hay al.
Hay, zagales, si habéis mientes,
Bajo destos accidentes,
El Viático de gentes
Y la gloria celestial.
Que debajo del sayal pascual,
Que debajo del sayal hay al.
Hay el que siempre convida,
Y él mesmo se da en comida,
Por darnos, de muerte, vida
En su reino celestial.
Que debajo del sayal pascual,
Que debajo del sayal hay al.

Advirtamos, finalmente, un detalle delicado. Cristóbal Pascual y Cristo, que son una misma persona, que representa la sacratísima de Nuestro Señor Jesucristo, llámase Cristóbal Pascual siempre que actua de mayoral del ganado, y es nombrado, en cambio, Cristo, en dos ocasiones; la primera cuando dice:

Vamos a buscar, zagales,
sin demostrar ningún odio.

O sea, cuando hace de inspirador de la

gracia y significa el celo y la caridad del Señor por la salvación de las almas; y la segunda cuando alude al Santísimo Sacramento de la Eucaristía:

Porque está algo desmayada
Dále, Pedro, de mi pan.

* * *

Las notas precedentes han tenido la finalidad de despertar en el lector curiosidad por leer íntegramente el bellísimo Auto de Timoneda. Para facilitarle algo el camino hemos hecho algunas aclaraciones referentes al *sentido* evangélico-teológico, necesarias para su comprensión a gran número de lectores. Por la misma causa insertamos a continuación un Glosario de voces arcáicas o de difícil comprensión para la generalidad de los lectores, para que desentrañado el simbolismo y explicadas las palabras hoy desusadas puedan gustarse las bellezas de la producción eucarística de Timoneda.

Teniendo este comentario un carácter de elemental vulgarización no vamos a entrar en el estudio filológico del Auto, que exigiría un tiempo y una preparación de que hoy no disponemos. No obstante, bueno será advertir—refrendado con la docta opinión

del Sr. Menéndez Pidal—que el lenguaje pastoril de los *Autos* no responde siempre a una realidad lingüística dialectal, sino que como obra de eruditos, constituye una *manera* de expresión usada por los poetas de modo *convencional.* De aquí resulta que no podamos aceptar muchas palabras como muestra viva de lenguaje hablado por el pueblo, porque para no citar más que un ejemplo, la palabra *llotro* y *quillotro* que filológicamente son pronombres compuestos, tienen en la producción de Timoneda, como en la generalidad de los Autos Sacramentales y profanos, variados y opuestos sentidos, prueba de la inconsciencia de su empleo.

Así, en *La oveja perdida,* encontramos todos estos varios sentidos de la palabra *llotro.* En su verdadera acepción pronominal, *el otro:*

llotro cobdicioso prado (v. 373).

En sentido calificativo, adjetival, probablemente significando *bañado, iluminado:*

Porque si el huerco cerquita
se muestra *llotrado* en luz (v. 337).

Y aun este otro de más difícil comprensión:

No se asienta en la majada,
ni se *llotra* de buen pie (v. 150).

Lo mismo pudiéramos decir de *quillotro, quillotrado* y *enquillotrar,* que en fuerza de significar tantas cosas no significan nada y los usaban los autores de relleno y por anhelo de dar rusticidad al diálogo.

Ahotas y *soncas* que suenan muy a menudo en los Autos pastoriles, son interjecciones y como tales corroboran y refuerzan la expresión: su sentido general es, *en verdad,* a *buen seguro.*

Otras palabras arcáicas, pero explicables, son:

Aballar, verso 279, bajar, marchar, ir, retirarse.

abarrisco, v. 224, espanto, desgracia, hacer una cosa atropelladamente.

chotuno, v. 720, adjetivo con que llaman los pastores a los corderos flacos, enfermizos y desmedrados. Por extensión significa hedor a mugre que parece semejante al del cordero o choto enfermo.

Los tus hatos a una mano
son de mucho mal chotuno
lo merino y lo cabruno
y peor lo castellano.

Mingo Revulgo. Copla 22. (Diccionario de Autoridades).

desmarrido, v. 799, desfallecido, mustio, triste y sin fuerzas.

enalmagrar, v. 615, teñir con almagre, que era una tierra colorada para teñir las lanas y marcar las ovejas.
entrujas y *entruchar,* engañar, es voz de germanía.
esquero, v. 588, bolsa de cuero asida al cinto.
envedijado, vs. 312, 426, revuelo, enzarzado en lucha.
gañibete, v. 777, cuchillo.
grumado, v. 426, abrumado, molido por trabajo o lucha.
huerco, vs. 312, 336, 347, 613, 971, cultismo, derivado de orco, el infierno.
mesta, v. 745, junta de los dueños, ganaderos mayores y menores, que cuidan de la crianza, pasto y venta del ganado para el común abastecimiento. Se llama también la Junta que los pastores y dueños de ganados tienen anualmente para tratar los negocios concernientes a sus ganados y gobierno de los mismos y para distinguir y separar los mostrencos que se hubieran mezclado con los suyos, los cuales marcaban con alguna señal para distinguirlos (Dic. Autoridades).
miera, v. 668, el aceite de enebro, de que se sirven regularmente los pastores para curar la roña del ganado: Esta voz la

autoriza el primer Diccionario de la Academia con esta cita:

O mate mala ponzoña
a pastor de tal manera,
que tiene cuerno con miera,
y no les unta la roña.

MINGO REVULGO. Copla VIII.

perllotrado, v. 888, penetrado, intentado.
recuesto, a, v. 742, descanso, holgura.
revellada, v. 641, rebeldía, indocilidad.
sosacón, v. 162, por sonsacón, sacar con engaño.

A veces la dificultad del simbolismo se complica con la verbal y entonces el pasaje es más enigmático. Así no he logrado entender esta parte del relato de la lucha del Angel San Miguel con el ángel malo:

¿No te miembras de aquel día
que tuve con él quistión,
porque la lobriz decía
que en lo alto se pornía
en laderas de Aquilón?

Confieso mi ignorancia de este pasaje que quizá se esclarezca por los versados en exégesis bíblica y místicas alegorías. Tampoco conozco el significado del adjetivo *ticero:*

El vedado *ticero*
que llaman del carnicero.

Por relacionarse con el comentario lexicográfico que venimos haciendo, diremos ahora que el dialecto valenciano en la época de Timoneda iba cediendo su puesto al castellano [1] y así nos explicamos que Timoneda, a pesar de modificar los viejos Autos y misterios en un sentido puramente local, y componer obras que a valencianos se habían de ofrecer, utilizase frecuentemente el castellano para los Autos sacramentales y un castellano bastante limpio de influencia dialectal valenciana.

Para la representación de *La oveja perdida* dimos un texto ecléctico, en el que se ingirieron las variantes mejores—muy pocas—de la edición de 1558, cotejada con la de 1575, que es la utilizada por Pedroso. Las coplas y canciones del Auto se cantaron con música de Lope de Baena, del Cancionero de Palacio, bellísimamente adaptada por el M. I. Sr. D. José Artero, Prefecto de Música de esta Santa Basílica.

---

[1] Martín Viciana. *Alabanza de las lenguas,* obra escrita en 1574, dice: «Todos los Valencianos la entienden [la lengua castellana] y muchos la hablan, olvidados de su propia lengua». Sin embargo, dieciseis años antes ya se había publicado en *castellano* un ternario espiritual de Timoneda según prueba el curioso hallazgo hecho por el P. Olmedo en Carrión de los Condes.

Las combinaciones métricas de este Auto son las acostumbradas por Timoneda. Una métrica un poco arbitraria y rara para las coplas y canciones y quintillas de tipo a b a a b, que es el más frecuente, aunque también se ofrecen a b b a b y alguna en este orden a b a b a, para todo lo demás.

* * *

Insertamos a continuación las obras que hemos consultado para nuestro estudio, que ofrecemos sin clasificar:

Schack, Historia de la poesía dramática en España.

Pedroso, tomo 58 de la Biblioteca de Autores Españoles.

Menéndez Pelayo, Discurso pronunciado con motivo del XXII Congreso Eucarístico internacional de Madrid, 1911.

Crónica del XXII Congreso Eucarístico internacional de Madrid, 1911.

Mariscal de Gante, Los Autos sacramentales, Madrid, 1911.

Rouanet, Colección de Autos, farsas y coloquios del siglo XVI, 1909.

Cañete, Farsas y églogas al modo y estilo pastoril y castellano, fechas por Lucas

Fernández, salmantino. Edición de la Real Academia, 1867.

Concretamente acerca de Timoneda he manejado las siguientes:

Serrano y Morales (José Enrique). Diccionario de las Imprentas que han existido en Valencia desde la introducción del Arte tipográfico en España hasta el año 1868. Libro *hasta hoy* el más rico en noticias biográficas de Timoneda.

Mérimée (Henri). L'Art dramatique a Valentia, Toulouse, 1913. Obra muy erudita pero de crítica un poco exagerada en lo relativo a la originalidad de Timoneda y a la pretendida colaboración del Patriarca sus Autos sacramentales.

Olmedo (P. Félix, S. J.) Un nuevo ternario de Juan de Timoneda. *Razón* y *Fe*, páginas 277-296 y 423-497, año 1917. Ensayo muy interesante y bellamente escrito que acompaña al texto del interesantísimo ternario hallado por el ilustre jesuíta en Carrión de los Condes.

Como texto de *La oveja perdida,* y teniendo en cuenta la índole vulgarizadora de esta edición, hemos utilizado la reimpresión de la Biblioteca de Autores españoles. Sin embargo, es de lamentar que Pedroso tu-

viera que limitarse a los traslados de los *Ternarios* hechos por D. Agustín Durán, en copia que aquel erudito califica de fidelísima, pero copia al fin. En la Biblioteca Nacional existe actualmente un *Ternario Sacramental* de Timoneda que perteneció a la Condesa de Campo Alanje. Fué impreso en Valencia en 1575, letra gótica. Tamaño 155 + 105 mms., signatura $\frac{R}{9558}$. Contiene *La oveja perdida, El Castillo de Emaus* y el de *La Iglesia*.

Mi buen amigo y compañero el Sr. Huarte y Echenique, bibliotecario de la Nacional, ha tenido la bondad de revisar esta edición, a ruego mío, y me ha comunicado algunos datos. Una de las cosas que me manifiesta es que, prescindiendo de la ortografía, donde hay infinidad de variantes, se pueden añadir muchas más en la puntuación, de que es muy parca el *Ternario*. En su fisonomía se parece mucho este texto al que reimprime en *Razón y Fe* el P. Olmedo, por lo que, y atento la mayor antigüedad del *Ternario* descubierto en Carrión de los Condes, a él nos referiremos en las notas de variantes.

Antonio GARCÍA BOIZA.

«LA OVEJA PERDIDA»

Los alumnos que interpretaron el Auto fueron D. Agustín de Asís (San Pedro); D. Manuel García Blanco (Angel Miguel); D. Angel Alonso Manzanera (presbítero, representó la sagrada persona de Cristo); señorita María Luisa González (Angel Custodio) y D. Sinforiano Alonso G. Cuello (El Apetito).

Consigno sus nombres con el más ferviente elogio por la artística representación de *La oveja perdida,* que en gran parte toca al director de escena el abogado D. Manuel Reymundo, inteligente aficionado y conocedor del teatro, que con tanta competencia como entusiasmo, me ayudó en los trabajos de ensayo y adaptación.



Aucto de La Oveja perdida

DE

JOAN TIMONEDA

INTERLOCUTORES

SAN PEDRO, pastor. **CRISTO, pastor**
ANGEL MIGUEL, pastor. **ANGEL CUSTODIO, pastor.**
EL APETITO, pastor.

INTROITO [1]

Al Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Don Juan de Ribera [2], Patriarca de Antioquía, y Arzobispo de Valencia, Joan Timoneda.

Ilustrísimo señor,
Vaso de gran elcuencia,
Cuidadoso y buen pastor,

[1] Era costumbre que los Autos comenzasen por estos *Introítos,* uno dedicado a la persona, generalmente una dignidad eclesiástica, que presidía la representación, y otro dirigido al pueblo explicando el *sentido* del Auto.

[2] Para la representación de Salamanca se prescindió de este *Introito* y se sustituyó por el que escribió y dedicó al

Guía y norte de Valencia,
De la fe aposentador;
Ante vos sé que el callar
Es de mayor excelencia,

Excmo. Prelado salmantino, que presidió la fiesta, el culto poeta y conocido escritor D. Mariano Arenillas. El mejor elogio de esta bellísima poesía lo hará el lector en cuanto la conozca. Nosotros, al publicarlo, no podemos decir nada mejor en su honor que reconocer no desentona al lado de la producción de Timoneda.

INTROITO

al Ilmo. y Rvmo. Sr., el Señor Dr. D. Julián de Diego y García Alcolea, Obispo de Salamanca.

Ilustrísimo Señor:
si no vos parece mal,
me encarga tenga el honor
de hacer la ofrenda filial,
Juan Timoneda, el autor
del Auto Sacramental.
Esta costumbre loada
del buen entretenimiento
de los autos, renovada,
por tu gran entendimiento,
es para tu grey amada
solaz y mantenimiento.
Del peligro del vedado,
que bien nos sabes guardar,
traído por tu cayado,
en este ameno lugar,
se apacienta tu ganado
sin miedo de abarrancar.
No ignoras, prudente guía,
que la oveja castellana
cuando pace teología,
es la que da mejor lana,
la que tiene mejor cría,
la más gorda y la más sana.
De estos campos las bellezas
con amor nos das a ver,
y apartando las malezas
nos llevas al bien querer;

Porque quereros loar
Es en el puño encerrar
Toda la circunferencia
De los çielos, tierra y mar.

---

por eso las tus finezas
sabemos agradecer.
Pastor bueno y cuidadoso,
puesto que así lo has querido,
tu hato está codicioso
de hacer de este sano ejido
albergue, el más amoroso
para cuantos han venido.
Un Príncipe de Pastores
hoy, para nuestro solaz,
al país de sus amores
viene derramando paz:
muéstrale nuestros loores
al Cardenal Almaráz.
Tiene puesta su cabaña
en las vegas deleitosas
de lo más fértil de España [1];
a sus ovejas dichosas
el más puro sol las baña
en aquel prado de rosas.
Dejándolas con gran tino
al cuidado del zagal,
marchó a Roma, y aquí vino
con nuevas del Mayoral,
que allí, con poder divino,
tiene Cristóbal Pascual.
Su virtud es diamantina,
su palabra rica miel,
por nosotros peregrina,
este Pastor de Israel,
y hoy su patria salmantina
se postra humilde ante él;
y ante los demás Prelados [2],

---

[1] El Cardenal Almaráz, paisano egregio nuestro, en la actualidad Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, era a la sazón Arzobispo de Sevilla.

[2] Los Excmos. Sres. Dr. D. Antonio Alvaro Ballano, Obispo de Zamora; Dr. D. Angel Regueras, de Plasencia; Dr. D. Pedro Vidal Boullón, de Ciudad-Rodrigo, y Auxiliar de Valladolid, preconizado de Coria, Dr. D. Pedro Segura.

Por do veo que si alabo
Al que es sin par este día,
A mí mismo desalabo;
Y así, no empiezo ni acabo,
Porque cortedad sería
Dar principio do no hay cabo.
Y que pues nadie ha llegado
A loaros, ni es posible,
Mi saber queda excusado,
Su estado más alabado,
Su poder más invencible,
Su valor más encumbrado.

---

soles de nuestra alegría,
que aquí vemos amistados;
con tu loada hidalguía,
por tus hijos muy amados,
págales la cortesía.
Aquestos tus cinco hijuelos [1]
se ofrecen a tu bondad,
somos unos corderuelos
que entretenemos la edad
despuntando cogolluelos
en nuestra Universidad [2].
Madre buena y dadivosa
que a sus tiernos recentales
nutre de leche sabrosa
y aparta de cardizales
sesteando en la abundosa
vega de las Catedrales.
En todo lo que hay memoria,
allí siempre hubo Pastor
y perros fieles de historia
contra el lobo robador;
así Fray Luis y Vitoria,
y Suárez, Soto y Melchor;

---

[1] Los cinco estudiantes de la Facultad de Letras que iban a representar el *Auto*.

[2] La representaba su ilustre Rector el Excmo. Sr. don Luis Maldonado, quien en galanas y castizas frases había saludado y hecho la presentación del Mantenedor, excelentísimo Sr. D. Ricardo León.

Será sola suficiente
Voluntad que se convida
A serle muy obediente,
Con la cual traigo un presente,
que es de la *Oveja perdida,*
El pecador penitente.
Esta representación
Será aquí representada,
Puesta con humillación
A su sabia corrección;
Y con esto mi embajada
Espera y pide perdón.

El de Sahagún, que tenía
blanda mano de zagal,
y tal santidad había
debajo de su sayal,
que la paz y la armonía
fué el que trajo a este corral.
De grande encarecimiento
el Pastor Juan de Ribera,
que a su grey por alimento
daba Pan de vida entera
y hoy con Nostramo de asiento
está, de bueno que era.
Esotro Juan, regordida
en manos de este Pastor,
puso su «Oveja perdida»,
la que nosotros, Señor,
te traemos desvaída,
pero con el mismo amor.
En este instante, la hora
de hacer el Auto ya llega,
Pastor bueno, sin demora,
por tus ovejitas ruega
a la Divina Pastora,
a la Virgen de la Vega.
Rota, pobre, desmañada,
nuestra representación
te ofrecemos, relavada
en la más pura intención,
y con esto mi embajada
espera tu bendición.

INTROITO PARA EL PUEBLO

Cumbre de la clerecía [1],
Refugio sancto de nos,
Luceros de nuestra vía,
Pilotos por quien se guía
Aquesta nave de Dios;
Será aquí representada
Parábola de verdad,
Salida y moralizada
De aquella boca sagrada,
Fuente de suma bondad;
De la cual hace memoria
Lucas, con sanctos deseos,
A los quince de su historia.
Predicóla el Rey de Gloria
A escribas y fariseos,
Diciendo que, de su grado,
Quien cien ovejas tuviere,
Cuando alguna se le fuere,
Que deje todo el ganado
Por buscar la que perdiere.
Esta tal moralidad
Tiene diversos sentidos:
Primero, la humanidad;
Después, la gentilidad,
Que andaban todos perdidos.

---

[1] Por este verso induce Merimeé que este *Auto* se representó en lugar sagrado y ante el clero y pueblo fiel de Valencia, presidido por su Patriarca. Sin embargo, creo que no tiene tal alcance, sino que, antes de explicar la *moralidad,* se dirige Timoneda a la clerecía como la parte más autorizada y entendida del auditorio.

Mas, porque el hombre recuerde
(Estos dejados agora),
Diremos, porque concuerde,
Que la oveja que se pierde
Es el alma pecadora.
Por lo cual aquí han de ver
Que Custodio no se tarda,
Pastor que con gran placer
Saça la oveja a pascer,
Que es el Angel que la guarda.
Andando regocijado
Este Custodio bendito,
Otro pastor ha llegado
Que la oveja ha sosacado,
Que es el Carnal Apetito.
Siendo la oveja perdida,
Miguel entra a demandar
Cómo y por dónde se es ida;
Custodio y él, de corrida,
Acuerdan de irla a buscar.
Pues, sucediendo esto tal,
Otro pastor será visto,
Dicho Cristóbal Pascual,
Que so el grosero sayal
Viste persona de Cristo;
El cual, como buen pastor
Que su ganado mejora,
Busca, movido de amor,
A su oveja, con sudor,
Por el bien que le atesora.
Como pastor figurado,
Yendo la oveja buscando,
Topa con Pedro Preciado,

Y dale de su ganado
Del corral llaves y mando.
Después de dadas por él
Gracias del bien rescibido,
Vuelve el Custodio y Miguel
Buscando por buen nivel
La oveja que se ha perdido.
Así que, en irla buscando
Los tres con el mayoral,
Oyenla que está balando,
Atada, y se revolcando
En un sucio cenagal.
Esto es cuando el pecador
Reconosce sin discordia
La culpa de su error,
Y pide a nuestro Señor
Ayuda y misericordia.
Lava Pedro su ponzoña
Con sanctos alumbramientos,
Penitencia, sanctimoña:
Untale luego la roña
Con unción de Sacramentos.
Esto, pues, todo ya visto,
Vereis al fin de las fiestas
Cómo, con gozo muy listo,
Tomará la oveja Cristo,
Por volverla al hato, a cuestas. [1]

[1] En la edición de 1558 termina ahora el introito con estos quince versos:

Llamará sus ganaderos
por diversos sanctos modos,
y assí yranse a sus aperos
con bailes y correnderos
rogozijándose todos.

Acoged en vuestros senos
Atención, hermanos míos;
Que si della estais ajenos,
De ignorancia os ireis llenos,
Y de sciencia muy vacíos.

Pradera rodeada de montes, bosques y barrancos

ESCENA PRIMERA

Comienza la obra, y entra El Custodio *con una oveja, cantando*

Pasced a vuestro solaz,
La mi ovejica,
Pues sois bonica.
Pasced a vuestro solaz
En la majada;
Catad que no comaz
Cosa vedada,
Cosa no usada,
Grande ni chica,
Pues sois bonica.
Mucho se huelga, a mi ver,
En oirme mi borrega,
Y cuido que mi pracer

Con los pastores señor
quise mi obra esmaltar,
pues aquel summo pastor
con un pastoral color
doctrina nos quiso dar;
Puesto he toda diligencia
ser breve relatador,
ruego a su benivolencia
que a mí mande dar licencia
y a la obra algún favor.

Le da gana de comer—
Quiero tornar. ¡A Dios prega!—
Esta ha de ser correndera
Para dar buenos corcovos:
Ahotas, que la primera
Algo más mansita era
Esta no es para entre escobos.
¡Juri a mí, que no me agrada!
No pasce como solié,
Ahotas, que está alterada:
No se asienta en la majada,
Ni se llotra de buen pie.
Toda anda coxquillosa,
Oteando al derredor:
O siente lobo, o raposa,
O alguna yerba gustosa
Que le da mejor sabor.

ESCENA II

CUSTODIO — EL APETITO

(Sale EL APETITO *de quedo, sosacando la oveja con pan)*

APETITO. ¡Rita, rita! ¡Urricá!
¿A do vas? ¡Oye, perdida!
¡Vuelve, soncas! ¿Vaste ya?
No te arriedres más allá;
Haz hacia mí tu manida.
CUSTODIO. ¿Sacáis la oveja del hato
Hideputa, sosacón? [1]
Yo lo barruntaba há rato.

---

[1] Sonsacón, el que saca con engaño.

¡Juri a mí, si os arrebato,
Que os la frita, don ladrón!
Deja la oveja, zagal;
Tú de ella no tengas cura
Que es de Cristóbal Pascual,
El hi del gran Mayoral,
Que mora allá en el altura.

APETITO. No me pongas en afán,
Custodio, con tus razones,
Pues sabes soy rabadán
Del huerte Nabuzardán,
Mayoral de los cabrones;
El cual me tiene mandado
Que, a huer de mi natural,
Apasciente yo el ganado
Que pasciere en este prado,
O oveja, como esta tal.

CUSTODIO. No cures de por-hidiar, [1]
Que Cristóbal la compró
Y a mí la mandó guardar.
No pienses de la hurtar,
Que bien cara le costó.

APETITO. Déjate desa conseja, [2]
Custodio; habremos en al, [3]
Porque bien, si te semeja, [4]
Tengo yo con esta oveja
Gran amorío carnal.
También sabes que aquel día
Que a tí te hicieron pastor,
La tomé yo en guarda mía,
Y que siempre le dí guía
También como tú, y mejor.

---

[1] porfiar. [2] opinión. [3] de otra cosa. [4] parece.

CUSTODIO. ¿Cómo lo podrás probar?
APETITO. Sé que el punto que nasció,
¿Quién la avisó de hallar
Las tetas para mamar?
¡Soncas! [1] Aviséla yo.
¿Quién le mostró que pasciese
La yerba de cerro en cerro,
Ahotas [2], si hambre hubiese,
Y que del lobo huyese,
Y no huyese del perro?
CUSTODIO. No te doy culpa, zagal,
Si en lo bueno la has guiado;
Más, por endigalla mal
Y meterla en el corral,
La metes por lo vedado.
APETITO. Custodio, tú no te iguales
Conmigo en guardar ganado;
Pues tú por los pedregales,
Por espinas y zarzales
Lo traes siempre apartado [3].
No percatas el tempero,
Ni el invierno te da afán,
Ni te pones en hebrero
Siete capas y un sombrero,
Como lo dice el refrán.
Por jamás tuviste aprisco
Ni majada en la solana,
Mas en las cuestas y risco,
Donde el hato da abarrisco [4]
Contino, o deja la lana.
Yo, soncas, muy por lo llano
Lo traigo y por sus anchuras:

[1] y [2] Interjecciones muy frecuentes en lenguaje pastoril.
[3] *Apastado.* [4] *Espanto.*

No echa menos el verano,
Porque el pasto le dó ufano
Entre las verdes frescuras [1].

CUSTODIO. Cristóbal nos ha mandado,
Soncas, que es pastor maduro
Que no entre su ganado
En dehesa, ni en vedado,
Y, ahotas, que es más seguro;
Porque la oveja criada
En vicio desde chiquita,
Aunque más esté atestada,
A la hora es desmayada
Que el regalo se le quita.
Luego se pone marrida [2]
Si en dehesa no se aprisca;
Que esté preñada o parida,
Tan presto va de caída
Como le da la ventisca.
A tí te mandó al revés
Tu amo Nabuzardán
Que a su hato vicio des,
Porque él entiende después
Tras el placer dalle afán.

APETITO. Ella sabe quién la trata
Muy mejor y a su placer.
¿A nosotros quién mos mata?
La oveja mude la pata
Tras quien fuere su querer.

CUSTODIO. Bien sé que cuando me dió
Cristóbal aquesta res,
Ahotas, que no la ató,
Antes ví que la dejó

---

[1] *Pasturas.* [2] Flaca.

Suelta de manos y pies.
Así que estará en su mano
Ir tras quien quisiere luego;
Mas yo le avisé temprano
Que escoja lo que es más sano,
No por temor ni por ruego.
Pero sepa que en la altura
Le darán pasto sabroso
Que no le marre hartura,
Y a dó estará más segura,
Sin temer lobo rabioso.

APETITO. Yo luego le doy que coma.—
Toma del pan: ¡re, re, re!
Que lo futuro no asoma,
Y al fin, más vale un toma
Que después dos te daré.

(Aquí se va la oveja con el APETITO)

ESCENA III

CUSTODIO. ¡Ah, Fortilla! ¡Vente, vente!
¡Ah, Temora, Temporada!
¡To, to, to, perra prudente!
¡Aballäos [1] muy prestamente,
Que anda el lobo en la majada!
Ninguna ha mostrado el trato
De ladrar en derredor.
Mia fe, si bien percato,
Las perras dejan el hato
Cuando las deja el pastor.

---

[1] *Retiraos.*

ESCENA IV

Entra SANT MIGUEL, *como pastor*

MIGUEL. ¡Ah Custodio, zagalejo!
¿Qué es de la oveja?
CUSTODIO. Perdida.
No me muestres sobrecejo,
Que, dándole buen consejo,
No sé por dónde se es ida.
MIGUEL. No digas eso, zagal,
Que no es esa buena cuenta
Para Cristóbal Pascual.
CUSTODIO. Harto la aparté de mal,
No una vez, sino cincuenta.
MIGUEL. ¿Quién te la llevó, Custodio?
CUSTODIO. ¡Diz que quién! Nabuzardán.
MIGUEL. Soncas, que nos tiene odio,
Porque por el monipodio [1]
Le dimos muy huerte afán.
¿No te miembras [2] de aquel día
Que tuve con él quistión,
Porque en la lobriz decía
Que en lo alto se pornía
En laderas de Aquilón?
¿No me entrujas como hué
Y le armé la zancadilla
Cuando yo con él luché,
Y allá en lo bajo le eché
A vueltas de su cuadrilla?
CUSTODIO. Gran pracer era de verte
Con el huerco envedijado [3],

---

[1] Robo. [2] Acuerdas. [3] Enzarzado.

Y an cuido por esa suerte
Te llamaron Miguel huerte,
Y te pintan todo armado.

MIGUEL. A la hé, sabe, zagal,
Que no le puede sufrir,
Porque quiso aquel bestial
A par del gran Mayoral
En las alturas subir.

CUSTODIO. Desde allí tiene reyerta
Muy huerte con el ganado;
Pues sabe por cosa cierta
Que al hato se abrió la puerta,
Y para él se hubo cerrado.

MIGUEL. Diérasle tú pescozada
En aquella pestoreja,
Buen garrotazo o puñada,
Pues que se entró en tu majada
A sosacarte la oveja.

CUSTODIO. Mia fe, carillo Miguel,
No he miedo a Nabuzardán,
Por más y más que es crüel,
Sino a esotro.

MIGUEL. ¿Quién es él?

CUSTODIO. Apetito, el rabadán.
Porque si el huerco cerquita
Se muestra, llotrado en luz,
Dí, Miguel, y ¿quién me quita
De echalle el agua bendita
Y espantalle con la cruz?
Mas el traidor de Apetito
No se espanta, compañero,
De signo sancto bendito
Ni de agua sancta un poquito,

Aunque le echen un caldero.
Aunque no muy adversario
Me sea el huerco a la rasa,
Tengo por mayor contrario
' Apetito, el gran falsario,
Porque es un ladrón de casa.

MIGUEL. Dí, zagal, ¿por dó has andado
A buscar aquesta res?
¿Buscástela en lo vedado?

CUSTODIO. Pienso que allá se habrá entrado.

MIGUEL. Movamos presto los pies.—

(Pónense a buscar por los alrededores)

Mirarás bien la batuda
Que la res habrá dejado,
Pasciendo con hambre cruda,
Y verás cómo se muda,
Ahotas, de prado en prado.

CUSTODIO. Primo el Monte Altivo es
Do ha pisado y hecho daño.

MIGUEL. Míralo, Custodio, pues,
Que en él se perdió la res
Primera, si no me engaño.

CUSTODIO. Miguel, no hay más que entender.
¿Ves el rastro y el camino?
Que en este monte, a mi ver,
Se comenzó de perder,
Pasciendo sin ningún tino.

MIGUEL. Pues mira tostepriado [1],
(¡Ah Custodio, créeme tú!),
Llotro Coddicioso prado

[1] Muy pronto.

Que está de espinas sembrado,
Venidas del gran Perú.

CUSTODIO. Aquí dejó la patada
Harto hecha, juri a San,
Y de aquí salió espinada,
De abrojos, zarzas, cargada,
Que encojado me la habrán.

MIGUEL. Mira el vedado ticero,
Cercado en calor muy hondo,
Que llaman del carnicero,
Do regostado el cordero
Se pierde, y el más sabihondo.

CUSTODIO. Todo el suelo está pascido,
No veo yerba por pisar,
Por aquí muchos han ido:
Donde tantos se han perdido
Es difícil el ganar.

MIGUEL. Este es el Egido Airado:
Mira bien con tus miradas.

CUSTODIO. Miro qne también l'ha hollado.
¿No ves por dónde ha pasado?
Testigo dan sus pisadas.

MIGUEL. El quinto prado verás
Llamado de la Golosa;
Mira delante y atrás,
Porque su rastro hallarás
Entre la yerba sabrosa.

CUSTODIO. ¡Oh, no prega! ¡Y qué recientes
Están aquí los bocados!
Ven, carillo, y para mientes
Que las quijadas y dientes
Se dejó aquí señalados.

MIGUEL. Mira si ha entrado en la suerte

Que es pesar del bien ajeno,
Que por ella entró la muerte
En el mundo [1].

CUSTODIO. ¡Oh cuán huerte
Rastro deja en este cieno!

MIGUEL. En fin, todo va de roto,
Y Apetito es el alferez:
Finalmente, mira el soto
Que llaman de Menga Pérez.

CUSTODIO. ¡Sús, sús! Dejemos el ceño
En buscar la res perdida.

MIGUEL. Vaya arriedro todo el sueño,
Antes, carillo, que el dueño
Por cuenta no te la pida.

CUSTODIO. Tira por esa cañada,
Yo por este quebrajal;
Y, hallada o no hallada,
Acude en esta majada.

MIGUEL. Muy bien has dicho, zagal.

(Vánse los dos).

ESCENA V

Entra CRISTO, *dicho Cristóbal, en figura de Pastor*

CRISTÓBAL. En verdad que estoy grumado
De andar hoy tras esta oveja,
Que rato no m'he asentado.
Ahotas, que me ha sudado
Muy huerte la pestoreja [2].

---

1 «Invidia autem diaboli mors introiuit in orbem terrarum». Libro de la Sabiduría, cap. 2, versículo 24.

2 Pestorejo, colodrillo o cogote.

Vuelve, oveja, ya: ¿qué esperas?
No tengas vueltas esquivas,
Porque te digo de veras
Que yo no quiero que mueras,
Sino que vuelvas y vivas.
¿No te miembras que sudé
Sangre, soncas, por haberte?
Pues tanto por tí pasé
Cuando tu vida compré,
¿Cómo te daré la muerte?
Treinta años por te ganar
Y aún más, anduve a soldada,
Sin abarcas me calzar
Con sed y hambre pasar,
Rodeando la majada.
Pasé fríos muy extraños,
Morando en la serranía:
Duélete ya de mis daños,
Pues lo que gané en treinta años
Quieres perder en un día.
Yo juré de castigarte,
Si traspasabas la raya;
Mas, si vuelves a mi parte,
Yo juro de perdonarte:
¡Jura mala en piedra caya!
Solía poner pavor
A la res que se perdía,
Siendo luego vengador;
Mas ahora, ven sin temor,
Que ya pasó l'anconía.
Vente, vente para mí
Sin volver la cara atrás;
Que jamás miraré en tí

Lo mal hecho hasta aquí,
Sino al bien que siempre harás.
Deja la yerba viciosa,
Cata que te puede her [1] mal,
Que, aunque paresce sabrosa,
En ella no engorda cosa.
Vente, vente, y dart'he sal.
¡Andará descarrïada,
Mi oveja por los jarales,
Fraca, magra, trashijada,
Y an quizá que abarrancada
Por algunos peñascales!
Mejor se estaba en el hato,
Dando saltos y corcovos
Bien quitada de rebato,
Con perros para los lobos
Que ladran de rato en rato [2].
¡Aun si mi oveja balase,
Yo os seguro que la oyese,
Y luego la perdonase,
Y an acuestas la llevase,
De gran pracer que sintiese!

ESCENA VI

Entra SANT PEDRO, *en figura de pastor*

PEDRO. ¿Do va el Mayoral garrido,
Que de cansado volteja?
CRISTÓBAL. Voy angustiado, transido,

---

[1] Contracción por *hacer*.

[2] Alude al calificativo que emplea la Sagrada Escritura para los predicadores de la verdad evangélica. Así vemos que en Isaias, c. 56, v. 10, se llama a los incumplidores de un deber tan sagrado *canes muti, non valentes latrare*.

En busqueda de una oveja,
Que, ahotas, se me ha perdido.

PEDRO. Según llevas el color,
Ya finado me semejas.

CRISTÓBAL. Sábete que el buen pastor
Ha de poner, sin temor,
La vida por sus ovejas [1].
De cien ovejas que tengo,
Por duro amor que me mueve
Dejo las noventa y nueve,
Y por una solo vengo,
Hasta que al hato la lleve [2].

PEDRO. De tí me estoy espantado,
Que no percato lo que es.
¿Cómo te vas descuidado?
Que, por buscar una res,
Desamparas el ganado.

CRISTÓBAL. El ganado bien está,
No busco son lo perdido;
El físico [3] a ver no va
Al que enfermado no ha,
Sino al que está adolescido.
Tú sabrás que en la vegada [4]
Que mi hato se compró,
No fué menos apreciada
La oveja más desechada
Que el rebaño se apreció.
Tanto me sudó la greña [5],

---

[1] *Bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis.* San Juan, c. 10, v. 11.

[2] Vide Introducción, p. 24, nota primera.

[3] El médico. [4] Vez, ocasión.

[5] Manera rústica de indicar el cabello y por extensión la frente.

En pago de mi soldada,
Por la oveja desechada,
Por la roñosa y pequeña,
Como por la más preciada.

PEDRO. Muy huerte es el amorío
Que tienes a tu ganado,
Pues lo precias con tal brío.
Dime ahora, sin desvarío,
¿Tiéneslo a medias tomado?

CRISTÓBAL. Mas antes en casamiento
Me lo dieron en mis bodas [1],
Y estímolas en tal cuento,
Que a cualquiera de las ciento
Quiero tanto como a todas.
Y por la res más transida
Di tanto precio y soldada
Como por la regordida [2]:
Tanto costó la ganada
Como costó la perdida.
Fué querencia tan entera
La que tuve en aquel rato,
Que, si una sola tuviera,
Tanto por esta res diera
Como dí por todo el hato.

PEDRO. Bien, mas desto estó erizado,

---

[1] Desposorio de Cristo con la humana naturaleza por obediencia al Padre. Continúa el relato de la obra de la Redención del género humano. Bellísimo asunto de otro de los *Autos* de Timoneda *Los Desposorios de Cristo,* que tiene por fundamento la parábola que relata el Evangelista San Mateo, c. 22, v. 1-14.

[2] Gorda, lucida.

De verte tan amarillo.
Cuido [1] que no has merendado:
Siéntate en aqueste prado,
Desataré el zurroncillo,
Comerás, si te praciere,
De un pedazo de tasajo:
Darte he vino, si tuviere:
Cuando otra cosa no hubiere,
Habrá cebolla y un ajo.

CRISTÓBAL. No hay cosa que me consuele
De este cansancio que tengo,
Sino la que siempre suele,
Que es la oveja que me duele,
Pues solo a buscarla vengo.

PEDRO. ¡Oh cuerpo de mi poder,
Cuán poco estimas tu vida!
Come; ¿haste de poner
A vida y cuerpo perder
Por una oveja perdida?

CRISTÓBAL. A la hé, sabe, carillo,
Que el que es pastor verdadero
Olvida su caramillo,
Y el comer no quiero oillo,
Por buscar solo un cordero;
Pero aquel que es mercenario [2],
Como vive de alquiler,
Si alguna res va a perder,
No pierde su necesario,

---

[1] Cuido, pienso, del latino *cogito*.

[2] ***Mercenarius autem et qui non est pastor, cujus non sunt oves propriae, videt lupum venientem et dimittit oves et fugit, et lupus rapit et dispergit oves.*** San Juan, c. 10, versículo 12.

Que es bien comer y beber.
Mas yo soy pastor tan bueno [1],
Que mis reses me conoscen,
Y conózcolas de lleno,
Y les doy pan de mi seno,
Porque con amor retocen.

PEDRO. ¿Por qué quisiste de grado,
Siendo zagal de saber,
Cuando compraste el ganado,
Dar precio demasiado,
Pudiendo a menos lo haber?
Porque, sin otras consejas,
De la bolsa de tu lado,
Por tus queridas ovejas
Dieras tres doblas bermejas,
Y aún dabas demasiado.
Mas diste tanto dinero,
Que no se puede contar;
Y aún hiciste a tu esquero [2]
Un muy valiente agujero,
Por del todo le vaciar.

CRISTÓBAL. Tú sabrás que mi ganado
Al tiempo que se crió,
Pasció de un pasto vedado,
Do, quedando regostado [3],
Nunca el regosto perdió.
Viendo su deuda y el mal
Que hizo por ser picaño,
Siendo yo tan liberal,
Fué mi paga sin igual

[1] *Ego sum pastor bonus: et cognosco meas et cognoscunt me meae.* San Juan, c. X, v. 14.

[2] Bolsa. [3] Conservar el sabor o gusto del manjar.

Muy más cumplida que el daño.
Que si el justo precio diera
Y de más no diera nada,
Mia fe, todo se perdiera [1]:
Ya ninguna oveja hubiera
Que no estuviera prendada.

PEDRO. Deso que m'has percontado
No tengo duda ninguna,
Pues oveja no ha quedado
Sin pascer en lo vedado,
Si no hué tan solo una [2];
Y veo que, haciendo daño,
No habiendo de qué pagar,
El huerco [3], si no me engaño,
Pudiera bien tu rebaño
Por suyo le enalmagrar [4].
Mas yo preguntarte quiero
Me digas, por otro tal,
¿Quién es este tesorero
A quien diste tu dinero?

CRISTÓBAL. Es mi Padre, el Mayoral.

PEDRO. Juri a mí, que he cobdiciado,
Por cariño que te tengo,
Ser pastor de tu ganado;
Porque, en cuanto voy y vengo,
Siempre justo te he hallado.

CRISTÓBAL. ¿Tiénesme huerte querencia,
Díme, Pedro, por entero? [5]

---

[1] Según el daño, y sespera. O.

[2] La Virgen Santísima. [3] El infierno.

[4] Marcar, tener señal de posesión.

[5] *Simon Joannis diligis me plus his? Dicit ei: Etiam Domine, tu scis quia amo te. Dicit ei: Pasce agnos meos. Dicit ei iterum: Simon Joonnis, diligis me? Ait illi: Etiam*

Pedro. Sí la tengo, en mi conciencia.
Cristóbal. ¿Amasme con gran hemencia?
Pedro. Tú lo sabes si te quiero.
Cristóbal. ¿Escuchas, dí, mis consejas
Con algún cacho de amor?
Pedro. Mucho huelgan mis orejas.
Cristóbal. Pues, Pedro, sé mi pastor
Y apacienta mis ovejas.
Pedro. Quisiera, buen Mayoral,
Saberte honrar muy de coro.
Gristóbal. Ten las llaves del corral,
Y mi zurrón pastoral,
Do va todo mi tesoro.
Pedro. Hiciérate revellada [1],
Nostramo, si la supiera;
Pero, dime, en la majada
¿Cuál oveja terná entrada,
O cuál res echaré fuera?
Cristóbal. La oveja que tú metieres
La daré yo por metida,
Pues te he dado los poderes:
La que echar fuera quisieres;
Yo la doy por despedida.
Pedro. Yo juro a la condición
Mostramo, que eres sesudo;
Mas yo sepa esta razón:

Domine, tu scis quia amo te. Dicit ei: Pasce agnos meos. Dicit ei tertio: Simon Joannis, amas me? Contristatus est Petrus, quia dixit ei tertio, Amas me? et dixit ei: Domine tu omnia nosti: tu scis quia amo te. Dixit ei: Pasce oues meas. Son Juan, c. XXI, v. 15-18.

[1] Oposición, rebeldía.

¿Qué llevo en este zurrón?
Dímelo por muy menudo.
(Los Sacramcntos de la Iglesia)
CRISTÓBAL. Llevas agua verdadera
Para el rebaño lavar;
Llevas un cuerno con miera [1];
Llevas pan de vida entera
Para más vida le dar.
Llevas miera para untalle
La roña, sin tener ceño;
Llevas más, para almagralle [2],
Sangre que quise prestalle;
Mas, la cruz, marca del dueño.
PEDRO. Nostramo, en tomar tal cargo,
Ahotas, que me deporto,
Mas crée, muy sin embargo,
Que en gastar seré muy largo,
Pues tú en darme no eres corto.
CRISTÓBAL. Por lo que agora digiste,
Te quiero, Pedro, avisar
Que este dón, si comprendiste,
De balde lo rescebiste,
Y de balde lo has de dar.
PEDRO. Muy huertes gracias te debo
Por poder tan quillotrado [3]
Como de tu mano llevo;
Mas saber quiero de nuevo
Cómo regiré el ganado.
CRISTOBAL. Lo que más has de mirar,

---

1 Vide, Glosario, pág. 39.
2 *Marcarle*—enalmagrar dice en el verso 615.
3 Excelente.

Ha de ser, con gran cuidado,
Que el hato, que has de guardar,
No le dejes, Pedro, entrar,
Ni pascer en lo vedado.
Quiero yo que mis pastores
Anden contino en el hato,
Requiriendo cada rato
Los chivaticos menores,
Quitándolos de rebato.
Quiero más, que mis corderos
No vayan desperdiciados
Por valles y por oteros,
Pues no costaron dineros,
Sino sangrientos cuidados.
No los metas en honduras
Do algunos pastos están
Entre las frescas pasturas [1],
Do por caso atollarán
En huertes desaventuras.
El pasto más encumbrado
Sube tú, Pedro, a segar,
Y darás a tu ganado,
No todo lo que has segado,
Mas lo que puede rumiar.
En la fuente manantial
Que está a la mano derecha,
Do mana el rico caudal,
Báñese allí el recental
Que fuere de tu cosecha.
Guárdate de las consejas,
Si son de falsos pastores;
Que, aunque parezcan ser viejas,
Debajo tales pellejas

[1] Entre las breñas obscuras. O.

Salen lobos robadores [1].
Si vieres abarrancado
Algún rebaño cabruno,
Por tí, con huerte cuidado,
Sin grima será guiado,
Viendo que es de mal chotuno [2].

PEDRO. ¡Oh, cuán huerte es tu querer!
¡Oh, cuán grande que es tu amor
Por tu hato mantener!

CRISTOBAL. Sábete que así ha de ser
El verdadero pastor.
Sabrás que algunos pastores
Mejor saben trasquilar
Que no, soncas, apriscar,
Ni de lobos robadores
A sus ovejas librar.
Su saber es el cuidado
Si las reses se acrescientan,
Y es lo peor, ¡mal pecado!
Que no dan pasto al ganado,
Y a sí mismos apascientan.
Van a ver la regordida
A la noche y la mañana;
No curan de la transida,
Fraca, magra, desmarrida [3],
Pues no da queso ni lana.

PEDRO. ¿Qué soldada les darán
A esos con tal recuesta? [4]

---

1 *Attendite a falsis prophetis, qui veniunt ad vos in vestimentis ouium, intrinsecus autem sunt lupi rapaces.* San Mateo, cap. VII, v. 15.

2 Enfermizo, desmedrado.

3 Desfallecida. 4 Holganza.

CRISTOBAL. La llevada pagarán,
Y a la fin cuenta darán
El día de la gran mesta [1].
PEDRO. Querría tener sabido,
Nostramo, deste ganado,
Si alguna vez se ha esparcido,
¿Cómo, dí, lo has recogido?
¿Búscasle, o él te ha buscado?
CRISTOBAL. Una vez que me prendieron
Por cierta fruta vedada
Y daño que otros hicieron,
Como en el pastor hirieron,
Desparciose la majada [2].
Por ser todos mis corderos
Chicos y no madrigados [3],
Viéndose entre carniceros,
Por valles y por oteros
Andaban descarrïados.
Mas todos los allegué
Que ninguno se perdió,
Sino tan sólo uno hué,
Que, de rabia que tenié,
Con un ranzal se ahorcó [4].

---

1 Junta de ganaderos. Vide Introducción, pág. 39.

2 Hace relación de nuevo a la prevaricación primera y a sus desastrosas consecuencias: *ferient pastorem et dispergentur oves.*

3 Sin madre, tal vez, huérfanos de protección.

4 Alusión manifiesta al discípulo traidor y a la oración sublime y tiernísima que Nuestro Señor Jesucristo hiciera al Padre antes de entrar en la terrible batalla de su pasión. *Quos dedisti mihi custodivi: et nemo ex eis periit, nisi filius perditionis.* San Juan, cap. XVII, v. 12.

PEDRO. ¿Cuántas veces buscaré
La oveja que se perdiere?
CRISTOBAL. Eso yo te lo diré,
Y es, Pedro, que, por tu fee,
La busques cuantas se fuere.
PEDRO. Hasta siete perdonalla
Me paresce por entero;
Si se va después, buscalla,
Y al cabo, al cabo, entregalla,
O vendella al carnicero.
No queriendo andar conmigo,
¡Mia fee, ande el gañibete! [1]
CRISTOBAL. Que la perdones te digo,
Si quisieres ser mi amigo,
Las setenta veces siete [2].
¡Oh, si tú, Pedro, oteases
Cuánto la oveja costó,
Soncas, que tal no hablases;
Antes tú la perdonases,
Como la perdono yo!
No seas desamorado
Con las ovejas malinas,
Pues, por quitar su cuidado,
Me entré por zarzas y espinas,
Do salí bien rasguñado.
Mira, Pedro, las señales.

(Muestra Cristo las llagas y arrodíllase San Pedro)

---

[1] Cuchillo.

[2] En conformidad con el sagrado texto: *Tunc accedens Petrus ad eum, dixit: Domine quoties peccabit in me frater meus, et dimittam ei? usque septies? Dicit illi Jesus; Non dico tibi usque septies; sed usque septuagies septies.* San Mateo, cap. XVIII, v. 21 y 22.

PEDRO. ¡Cuán vivas están y finas!
¡Oh, qué rasguños mortales!
¡Oh, qué crüeles zarzales! [1]
¡Qué penetrantes espinas!
CRISTOBAL. Por eso t'he encomendado
Que mi hato ames, carillo,
Pues que ves lo que ha costado;
Que al pastor cumple el cayado
Y al carnicero el cuchillo.
El cayado del pastor
Ha de tener garabato,
Porque pueda con amor,
Sin ira, odio y rancor,
La oveja volvella al hato.
PEDRO. ¡Oh qué lición tan chapada [2]
Es la que dado me has
Para guardar tu manada!
Mas, por esto, ¿qué soldada,
Nostramo, tú me darás?
Todo por tí lo dejé,
Y lo que me mandas hago;
Pues razón será, a la he,
Que, pues yo el trabajo sé,
Que sepa también el pago.
CRISTOBAL. Darte he, Pedro, de verdad,
A tí y todos mis pastores,
Para la otra Navidad,
Que en mesta de Josafad
Seais alcaldes mayores.
PEDRO. ¡Ah, nostramo, Ruégoté
Que no me hagas alcalde,

---

[1] Malditos tales zarzales
malditas tales espinas. O.

[2] Cabal, perfecta.

Que de pleitos nada sé;
Antes determinaré
De servirte muy de balde:

CRISTOBAL. No jures de porfiar,
Nostramo tu insuficiencia;
Que yo sólo he de juzgar,
Y tú asentado has de estar
Para aprobar mi sentencia.

PEDRO. Aqueso haré muy de grado,
Nostramo, yo, juri a mí;
Que, pues justo te he hallado
Cuanto contigo he tratado,
También lo serás allí.

ESCENA VII

Entra SAN MIGUEL

MIGUEL. Mostramo, esteis norabuena
Vos y toda la compaña.

PEDRO. Tapa, Miguel, la melena.
¿De do bueno?

MIGUEL. No sin pena,
D'ensomo de la cabaña.
Vengo, soncas, de otear
La oveja que se ha perdido.

CRISTOBAL. ¿Qué, no la has podido hallar?

MIGUEL. En no sonar el balido,
Se ha debido abarrancar.

CRISTOBAL. Por mal guiado se da,
Cuando el cordero es ingrato.
¿Quién quita que no dirá:
—«Quién me aportó por acá
Mejor me estaba en mi hato?»—

Pues ¡si se para a pensar
Lo que pierde con perderme,
O en qué parte podrá hallar
Un pastor tan singular
Que en velarlas nunca duerme...!
Yo las busco en los estíos,
Cuando hierven las calores,
Los lugares más sombríos;
Para los tiempos de fríos,
Los abrigaños mejores.

MIGUEL. Dichosas pueden llamarse
Las reses de tus manadas,
Pues que siempre están usadas [1]
De en huertes prados gozarse,
Temidas y regaladas.

PEDRO. Nunca yo tal ví en mi vida,
Ni aun lo verán [2] mis mayores;
Andar con ansia crescida,
Buscando una res perdida,
Un dueño con dos pastores.

CRISTO. Vámosla a buscar, zagales,
Sin demostrar ningún odio.

PEDRO. Vamos, vamos, ¡Pesia males!
¿Quién canta por los jarales?

MIGUEL. Mi carillo es, el Custodio.

(Aquí canta el Angel Custodio allá dentro)

CUSTODIO. Las ovejas hacen daño,
Yo cuitado mirando,
La oveja que yo guardaba,

[1] Acostumbradas. En el texto de 1558
pues que siempre están vezadas.

[2] Vieron. O.

Por bien que la amonestaba,
Tan huerte se enquillotraba,
Que nunca temía su daño:
Yo cuitado mirando.

ESCENA VIII

CRISTOBAL — PEDRO —MIGUEL — CUSTODIO

MIGUEL. ¡Ah, Custodio, carillejo!
¿Has, dí, la oveja topado
De nuestro mayoral viejo?
CUSTODIO. Dejadme, ¡pese a mal grado!
No he visto oveja ni ovejo.
Mia fée, harto he perllotrado [1]
Por apartalla de mal.
¡Dóm' a Dios, si me ha bastado!
MIGUEL. Si pasció cualque vedado,
Llevaríanla a corral.
PEDRO. Ahotas, estando atada
La oveja no es de culpar.
CRISTOBAL. Sé que bien puede balar:
La boca no está cerrada,
Ni el querer de se quejar.
Ausadas [2], si ella quisiese,
Que, aunque atada, balaría;
Y si balase o gimiese,
Que yo me la conociese
Y en libertad la pornía;
Que, si ponen en prisión
El cuerpo sin libertad,
No por aquesa razón

[1] Intentado. [2] Osadas. O.

Se prende la voluntad,
La lengua y el corazón.

CUSTODIO. Luego ¿excusado es buscalla,
Pues que jamás ha balado?

CRISTOBAL. No por eso he de dejalla,
Sino atendella y gritalla.

PEDRO. ¡Oh qué huerte es tu cuidado!
¡Dichosos son tus corderos,
Dichosas son tus ovejas,
Tus chivatos y carneros!
¡Dichosas son tus consejas
Y tus nobres ganaderos!
Que, aunque un carnero se vaya
Sin pastor, de valle en valle,
Con levantarse, si caya,
No por eso te desmaya
La gana de aprovechalle.

CRISTOBAL. Aguza, aguza la oreja
Do suenan unos balidos.
Según que a mí me semeja
La que bala es la oveja
Tras quien andamos perdidos.

MIGUEL. Yo la oigo desde aquí.

PEDRO. Y aún yo también, por mi vida.

CRISTOBAL. Id, buscadla por ahí.

(Parten en diversas direcciones)

CUSTODIO. ¡Oh, mi oveja! ¿Qué es de tí?
¡Véisla aquí, do está metida!

PEDRO. ¡Oh, qué huerte cenagal!
Sácala, Custodio, fuera.

CUSTODIO. Llegue Cristóbal Pascual,
Que, según tiene de mal,
Su potencia es valedera.

Cristobal. Mira, Pedro, que está atada:
Desata esas ataduras.
Pedro. (Hácelo) La soga veisla cortada:
Yo la doy por desatada.
Mia fée, ¡ande a sus anchuras!
Cristóbal. Saca, Pedro, del zurrón
Agua del dón manifiesto
Que salió del corazón,
Y por tí sin dilación
Mi oveja se lave presto.
Pedro. (Obedece) Mostramo, mirá la oveja,
Cuán de presto la he lavado.
Mia fée, ya otra semeja.
Cristobal. Untale bien la pelleja,
Que de roña se ha cargado.
Pedro. Sús mostramo, ya la he untado,
Muy de presto y sin afán.
Dime ahora si te agrada.
Cristo. Porque está algo desmayada,
Dále, Pedro, de mi pan.
Pedro. Que me prace, por mi fe;
Porque de hambre no se muera
Ahotas, pan le daré.
¡Rita, rita, re, re, re!
¡Toma pan de vida entera!
Custodio. Juri a mí, que la enconía
Que tenía de buscalla
Se me ha vuelto en alegría.
¡Oh, bendito sea este día,
Y quien me quiso entregalla!
Cristobal. ¡Oh, mi oveja relavada,
Pues agora estais sin roña,
Vos seais muy bien hallada!

Dad al huerco la ponzoña
Que os ha tenido burlada.
A cuestas quiero tomalla,
De gran pracer, a mi oveja,
Y sobilla y ensazalla,
Y so mis hombros llevalla
Hasta la majada vieja.

PEDRO. Nostramo, suplicoté
Que me la dejes llevar.

CRISTOBAL. Yo, Pedro, la llevaré
Y al corral la tornaré
Do solía antes estar.
(Toma a cuestas la oveja)
¡Hola, carillos! ¿Qué digo?
Comenzad ya de holgaros.
Gócese agora conmigo
Quien me tiene por amigo;
¡Sús, sús, a regocijaros!

PEDRO. Hora, sús, no hay más que her.
Tú, Custodio has de cantar,
Pues tienes tipre [1], a mi ver.
Tomemos todos pracer;
Vaya el cantar y bailar.

CANCION

CUSTODIO. Que debajo del sayal Pascual,
Que debajo del sayal hay al [2].
Hay, zagales, si habeis mientes
Bajo destos accidentes,

---

[1] Voz.
[2] *Otro,* otra cosa distinta de lo que se presume por apariencia.

El viático de gentes
Y la gloria celestial.
Que debajo del sayal Pascual,
Que debajo del sayal hay al.
Hay el que siempre convida,
Y él mesmo se da en comida,
Por darnos, de muerte, vida [1]
En su reino celestial [2].
Que debajo del sayal Pascual,
Que debajo del sayal hay al.

[1] Resume toda la doctrina teológica de la gracia y de la eficacia de los Sacramentos, tema constante de la producción de Timoneda.

[2] Divinal. O.

Fin del Auto "La oveja perdida,,.

ADICIONES Y ENMIENDAS

En las notas de variantes de los textos cotejados hemos prescindido de las que son de mera puntuación y sólo consignamos aquellas que hacen cambiar el sentido por su mayor interés. Por no alargar demasiado las notas en algunas páginas hemos omitido otras que son interesantes. Así, en la edición de 1558, el primer introito va dirigido a D. Francisco de Navarra, antecesor del Beato Juan de Ribera en la Sede valenciana, dato de sumo interés que echa por tierra la teoría de Merimée, según la cual Timoneda escribió o arregló los Autos sacramentales por expreso deseo del Beato Juan de Ribera.

También se omitieron las variantes que ofrecen los versos 487, 488 y 489 que dicen así en la edición de 1558:

Pedro tú seas bien venido
voy en busca de una oveja
que cuydo, se me ha perdido.

La edición de 1558 lleva al frente de *La oveja perdida* varios sonetos alabando la obra: lo mismo se ofrece en la edición de la Biblioteca Nacional.

En el verso 356 se dejó sin explicar la palabra *batuda,* que significa pisada, rastro, huella. Voz que usa ya Berceo:

Buscades la *batuda* teniendo el venado.
(*Vida de Santo Domingo.* Estrofa 510).

Como si dijera «andáis buscando el rastro después de cobrar la pieza». Viene del verbo latino *battuere.*

Acábase este presente libro intitulado *La oveja perdida,* el cual fué impreso en la ciudad de Salamanca por arte e industria de Manuel Pérez Criado en su casa de Calatrava. Se acabó de imprimir a XXI días de Junio del año de nuestra salud mil nuevecientos veintiuno.

LAUS DEO